Será una excursión en coche, de un nuevo género. Con tal de que no vayan á Rivoli.

*

Al llegar á su casa, Arturo puso el mayor cuidado en ocultar el estado de su ánimo á su madre; era ésta todavía bastante joven, y de índole tan expansiva y tan familiar con él, que le parecía á veces, más que una madre, una hermana. Y aquel día estaba más contenta que de costumbre; lo cual le causó mayor pena, y le hizo más difícil el disimulo. A la hora de comer, cuando sintió el campanillazo de su padre, tembló; no tuvo corazón para correr á su encuentro, se sentó á la mesa todo temblroso para esperarlo.

Sin embargo, al verlo presentarse con su acostumbrado aspecto recobró ánimos, y más aún cuando comenzó á hablar, como lo hacía siempre, de las cosas que le habían ocurrido en el día, no sin cierta apariencia de turbación, pero con una vivacidad insólita, y con un tono aún más afable de lo usual. Me parecía que alguna vez, después de haber hecho alguna pregunta, no prestaba atención á la respuesta, como si la pregunta la hubiera hecho por hablar; y que, de

vez en cuando, al fijar la mirada en la ventana de enfrente, se quedaba absorto un momento, como si viera en lontananza, por el aire, algo singular y extraño. Pero otras veces se quedaba también de este modo. El muchacho poco á poco se tranquilizó algo; y no sólo esto, sino que, hasta cierto punto, una risotada repentina con que el padre contestó á una broma de la madre, le hizo concebir una esperanza que le abrió el corazón.

—¿Y si no fuera cierto lo del duelo?—pensó.—Él había oído decir más de una vez «cuestiones de honor»—como las llamaban—arregladas por los padrinos amistosamente; había visto en algún periódico alguna de las llamadas «actas», firmadas por cuatro personas, las cuales declaraban, después de haber examinado el caso, que no había motivo para un duelo entre caballeros, que, sin embargo, se habían injuriado y desafiado. ¿Por qué no podían haberse reconciliado, por mediación de los amigos, su padre y el abogado Bussi? ¿Cómo había de poder su padre presentarse tan tranquilo si hubiera tenido que arriesgar su vida al día siguiente?—Y se aferró con todas sus fuerzas á esta espe-

ranza, en la cual cada sonrisa de su padre le afirmaba, sintiendo crecer en su alma poco á poco una inmensa alegría. De pronto, su padre se golpeó con una mano en la frente, y exclamó:—¡Qué desmemoriado!—Y volviéndose en seguida hacia mi madre:—Me olvidaba de decirte que mañana temprano tengo que ir á Vercelli.

El muchacho sintió un escalofrío por todo su cuerpo.

—Por esa bendita causa de los hermanos Bonomi,—añadió su padre.—Volveré á la noche. Salgo en el primer tren.

—Pero—preguntó su mujer algo sorprendida,—¿no me habías dicho que la causa se había aplazado para el mes próximo?

—Así era, en efecto—contestó el abogado.—Pero se anticipó la vista, porque se aplazó otra que debía precederla. Es un contratiempo que me fastidia. Pero no hay más remedio.

—¿Estás seguro de volver por la noche?—preguntó la señora sin una sombra siquiera de sospecha.

—Segurísimo. Es un asunto de pocas horas. No llevaré la maletilla. No tienes necesidad siquiera de despertarte.

Dicho esto, cambió de conversación. Pero Arturo, sobrecogido de desaliento y de horror, ya no oyó nada. Se levantó de la mesa apenas acabó de cenar, fué á su cuarto, encendió la luz y se sentó á la mesa, fingiendo que iba á hacer su trabajo para la clase. Al cabo de un rato, su padre se asomó á la puerta y le dijo:—Voy al despacho á trabajar, Arturo; no me interrumpas; te doy desde ahora las buenas noches.

—¡Buenas noches, padre!—contestó el muchacho con voz ahogada, y se quedó aterrorizado, helado ante la idea de que pudiera ser aquella la última vez que le oyera decir:—Buenas noches.

*

Luego se arrojó sobre la cama, medio vestido, apagó la luz, y permaneció con los ojos abiertos en la oscuridad, y con el oído atento para oir cuando su padre fuera á acostarse. Dieron las once y no había oído todavía nada. ¿Qué podía estar haciendo hasta aquella hora tan avanzada, puesto que no era posible que tuviese el ánimo tranquilo para poderse ocupar de sus asuntos profesionales?

Arturo se repitió varias veces, con ansiedad cada vez más viva, aquella pregunta: —¿Qué estará haciendo?

Una idea terrible le pasó por la cabeza: ¡Escribe su testamento! Tuvo de pronto certeza absoluta de ello. Sí, él estaba haciendo aquella cosa terrible. Su padre tenía el presentimiento de la muerte, y se preparaba á morir. Y ante este pensamiento sintió una pena y una ternura infinita. ¡Su padre, todavía tan joven, tan bueno, que había rodeado su infancia de tiernos cuidados, que había trabajado tanto para él, que dedicaba todos los momentos libres en instruirle, en divertirle, y que cada día buscaba y encontraba algo nuevo con que hacerle más hermosa la vida! Y de recuerdo en recuerdo, remontándose hasta los comienzos de su memoria, fué recorriendo todas las pruebas de afecto que le había dado, se representó en los momentos en que le había parecido más respetable y más cariñoso, volvió á ver sus sonrisas, á oir sus palabras, á sentir sus caricias, y, llegando al término de aquella carrera del pensamiento, al encontrarse con su imagen tendida en tierra y ensangrentada, sintió que el dolor le oprimía más violentamente que

al oir la primera funesta noticia, y rompió á llorar amargamente.

Al fin, el cansancio, que las emociones profundas del día habían producido en él, venció la angustia, y, no obstante todos sus esfuerzos por resistir al sueño, se durmió ligeramente.

Y soñó.

Soñó que llovía furiosamente, que tronaba y relampagueaba. Él solo se hallaba en la casa; pero en una habitación que no había visto nunca. Entre un trueno y otro. y alguna vez confundida con el trueno, oía la voz de su padre que lo llamaba, como pidiendo auxilio: ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Hijo mío! Mas él no comprendía de dónde podía venir aquella voz, porque al mismo tiempo le parecía cercana y remota, que venía del piso superior y del inferior, del interior de los muros y de debajo de los muebles, de las terrazas y del aire. Se lanzó á la habitación inmediata y siguió oyendo: ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Hijo mío! Le pareció que la voz huía delante de él. Se puso á recorrer la casa, corriendo por un laberinto de habitaciones desconocidas, ora oscuras como subterráneos, ora iluminadas por relámpagos, por largos pasadizos, por salas vastísimas,

cuyas cristalerías hacía retemblar el trueno incesante, y donde con gran sorpresa suya tropezaba en matorrales y en troncos de árboles y sentía hierba y piedras bajo sus pies; y siempre se oía llamar: ¡Arturo! ¡Arturo! ¡Hijo mío!, por una voz cada vez más suplicante, cada vez más débil, cada vez más lejana. Se apoderó de él la desesperación, se dió á correr con fuerza, sollozando: ¡Padre! ¡Padre! ¿Dónde estás? ¿Dónde estás?... Al fin cesó el trueno, siguió un silencio profundo, y en la muda oscuridad, no interrumpida ya por relámpagos, sintió un paso ligero que se acercaba...

Apenas tuvo tiempo para echarse encima la ropa de la cama: su padre apareció en el umbral de la puerta.

Venía á darle el beso de despedida.

Él fingió que estaba dormido; oyó que se acercaba de puntillas á su cabecera.

Le asaltó una violenta tentación de echarle los brazos al cuello.

Pero comprendió que si lo hubiera hecho, rompería á llorar y habría descubierto el secreto. Con un vigoroso esfuerzo de toda su alma y de todos sus nervios, se contuvo y simuló la respiración seguida y regular del sueño.

Sintió la boca de su padre en la frente.

Tembló todo su sér; pero logró vencerse.

Su padre se alejó como una sombra.

*

No habría llegado á la mitad de las escaleras, y ya Arturo, que se había vestido como un relámpago, se encontraba en el descansillo de arriba. En el momento en que su padre salía del portal, bajaba él el último peldaño, y desde allí, alargando la cabeza, vió á la luz incierta del alba un carruaje parado al pie de la acera, y tres señores al lado de la portezuela, los cuales saludaron á su padre y subieron con él. El cochero arreó al caballo, el coche partió y él se lanzó detrás, agarrándose al eje de las ruedas.

El caballo iba al trote lento: lo podía seguir sin esfuerzo. Dió la vuelta por la calle Cernaía y á los pocos momentos entró en la carrera de Vinzaglio. Su primer pensamiento fué quién podría ser el tercero de aquellos señores que habían subido en el carruaje con su padre. Que debían acompañarle los dos padrinos, lo sabía; pero, ¿quién era el tercero? No le

ocurrió que fuera el médico; mas no insistió en aquel pensamiento. Era una hermosa mañana de primavera, límpida y llena de fragancias campestres. La ciudad adormecida aún, con las calles desiertas y las tiendas cerradas, presentaba el aspecto triste de una ciudad deshabitada, y las pisadas del caballo y el ruído de las ruedas resonaban en aquella soledad silenciosa como bajo una gran bóveda invisible. En el crucero del Corso Oporto, atravesó la calle otro carruaje, cuyo cochero gritó poniéndose en pie sobre el pescante: —¡Eh, compañero! ¡llevas carga gratis! —y casi en el mismo instante, Arturo recibió en la cara un trallazo, que el «compañero» le había sacudido girando hacia atrás el brazo. Sintió un escozor agudo; pero aún le quemaba más la vergüenza. Comenzaban á pasar algunos obreros, á abrirse algunas ventanas: le parecía que todos se le quedaban mirando, que le tomaban por un pilluelo vagabundo y que gritaban: — ¡A la trasera! — Corría á trechos con la barba apoyada sobre el pecho, sin ver á los transeúntes ni á los árboles más que como sombras fugitivas, enlodándose en los baches que había formado la lluvia, fijando su mirada en el número del coche como para tener recogida en él toda la atención de su mente y no pensar en otra cosa.

Al dar la vuelta desde el Corso Vinzaglio al Corso Duque de Génova, el caballo tomó un trote más rápido, y él comenzó á sentir cansancio y que gruesas gotas de sudor le corrían por la frente y las sienes. Le fatigaba sobre todo el estar encorvado con las manos en el eje, que era demasiado bajo, y probó á agarrarse á las ballestas, pero se cansó más porque tenía que estar con los brazos demasiado abiertos y aquella postura le oprimía la respiración; y volvió á apoyarse como antes. Cuando el carruaje dió vuelta sobre la derecha hacia el Corso Humberto, comenzó á temer que le faltasen las fuerzas para poder seguir así un largo trayecto. Recogió, sin embargo, todo su vigor y sus ánimos y siguió corriendo. Creía que si se paraba, sería un siniestro presagio; que si su padre marchaba adelante sin él, iría ciertamente á la muerte. El sudor bañaba todo su cuerpo, saltábale el corazón dentro del pecho, y su respiración parecía el soplo de un fuelle. Pensaba qus su pobre padre estaba allí, á tres palmos de su cabeza, que no les

separaba más que una delgada pared de madera, y, sin embargo, le parecía tan alejado y como separado de él por una muralla enorme y por un abismo insuperable! Y se preguntaba á sí mismo si pensaría en él en aquel momento, é imaginaba los tristes pensamientos y la dolorosa angustia que debían oprimir su corazón; y, anhelante, dando saltos á cada sacudida del carruaje, moviendo continuamente las manos del eje á las ballestas y de éstas á aquél, doblándosele las piernas y enderezándose con un esfuerzo cada vez más penoso, repetía para sí:—No, no; no te abandonaré, padre mío... no dejaré que te hieran..., antes caeré exánime en medio del camino... Te salvaré ó moriré... ¡Ánimo, padre mío! Tu Arturo está á tu lado... ¡Oye mi corazón que late cerca del tuyo!... ¡Oye la respiración de tu hijo que te acompaña!

*

Dentro del coche, entretanto, su padre callaba y pensaba. A su lado iba sentado el médico, rubiote corpulento que parecía adormecido; y enfrente, los dos padrinos, abogados barbudos y graves como de cuarenta años, pero con aquella falsa gravedad

con que los padrinos tratan por lo común de disimular á los demás y á sí mismos la inquietud de conciencia que produce el ser cómplices de un acto insensato y salvaje. El abogado Pizoni pensaba en su mujer, á quien había engañado, en su hijo, al cual, casi á traición, le había dado el último beso; pensaba que había huído de su casa como un ladrón, y que quizá lo era realmente, porque podía ocurrir que, saliendo á escondidas de aquella casa, se hubiera llevado la felicidad, la paz, el bienestar, el porvenir de su hijo y también la salud y aun la vida de la madre.

Por vez primera preguntó á su propia conciencia si tendría él derecho para disponer de aquel modo de la existencia y de la fortuna de la mujer que había unido á su propia suerte y del hijo que había traído al mundo, jurando por su honor protegerles y consagrarles todo su sér.

La voz solemne de la conciencia le contestó:—No, tú no tienes este derecho, porque tu vida no te pertenece. No, tú no debías hacer lo que vas á hacer, porque es una acción desleal y cruel hacia los tuyos, bárbara ante la civilización, estúpida ante la razón, inicua ante la ley de Cristo.—Y

¿qué debía hacer?—volvió á preguntarse, defendiéndose de la propia conciencia.—No debías ultrajar al amigo. Le has ultrajado y le debías una reparación. Y la reparación que le debías era la de humillar, la de castigar tu orgullo, de donde brotó el ultraje; no la de echar á la suerte dos vidas que están ligadas á la tuya, pero que no son cosa tuya. No, no más que por salvar tu orgullo pones una y otra en peligro; porque te falta el noble valor de pedir perdón y tienes el valor malvado de arrojar la desesperación en tu casa; por parecer un hombre valiente, no te importa ser un marido y un padre despiadado; cubres con la máscara del caballero un egoísmo feroz; tu valor no es más que debilidad violenta; te es más fácil ser sanguinario que generoso; prostituyes el alma por salvar el amor propio.

Vete, pues, bátete, hazte matar, y que tu mujer y tu hijo paguen por toda su vida con la miseria y con el llanto, una palabra insolente que la ira arrebató de tus labios y que tú no quisiste retirar por soberbia. ¡Bellaco!

No encontró razones que oponer á estas palabras; cerró los ojos fingiendo adormecerse y pensó con profunda tristeza en su hijo, que estaba precisamente en la edad en que más necesario había de serle el consejo y la ayuda del padre, que era inteligente y estudioso, pero de alma excesivamente sensible y de imaginación muy excitable, sano y hermoso y de carácter vigoroso y resuelto, pero de complexión endeble, á quien debiera haber preservado con gran cuidado de toda emoción fuerte, que podría serle funesta. Y lejos de esto, estaba á punto de proporcionarle la más terrible de todas, ver que le llevaban á casa á su padre con una mano cortada, ó con la frente herida, quizá moribundo ó quizá muerto!

Un atroz remordimiento traspasó su corazón ante aquella idea y, abriendo los ojos en aquel momento por una violenta sacudida del carruaje, vió la plaza de armas, que atravesaban al trote, y se acordó de tantas veces como había llevado á corretear por aquella llanura verde á su Arturo siendo niño, y se presentaron con viveza á su mente, su aspecto infantil, sus graciosas actitudes, las voces de alegría y su adorable media lengua mezcla de piamontés y de italiano, que balbuceaba entonces, y el inmenso gozo que sentía cuando corriendo

tras él, le cogía en sus brazos después de dejarse alcanzar. Una oleada de ternura invadió su sér ante aquellos recuerdos, inundando su alma de compasión tan repentina é impetuosa, que tuvo que morderse los labios para tragarse las lágrimas que le hubieran avergonzado. Juró en su interior que si escapaba con bien de aquel duelo, jamás, nunca en su vida volvería á poner en semejante trance á los suyos, ni á su alma en una tortura tan cruel.

—Perdóname por esta vez—dijo para sí;—¡una sola vez habrás de perdonarme, hijo mío! ¡Jamás volverá tu padre á jugar con la punta de la espada tu salud y tu corazón! Y por esta vez, Dios me proteja por amor tuyo, mi bueno, adorado y pobre Arturo.

*

Mientras el padre decía esto, el coche, corriendo cada vez con mayor rapidez, daba la vuelta por la calle de Peschiera, y al pobre Arturo se le agotaban las fuerzas. Llevaba ya dos millas de carrera, y para un muchacho como él, de pecho débil, era ya demasiado. Hubiera podido resistir más, si le hubiera cogido fresco y sin las

angustias que había sufrido el día antes, sin la noche de insomnio, y sin la falta de alimento: sólo un esfuerzo enorme de la voluntad le había sostenido hasta aquel punto.

Estaba bañado en sudor, tenía los músculos como muertos, el corazón se le subía á la garganta, las sienes le latían fuertemente, los brazos le temblaban, tenía las manos contraídas, la vista turbada, las ideas confundidas. Su respiración no era más que un anhelo continuo y doloroso; caminaba casi sin conocimiento, como empujado por un impulso interior que poco á poco iba debilitándose, le parecía que al correr iba perdiendo sangre por una herida; sentía que le faltaban no sólo el vigor, sino el pensamiento y la vida.

El carruaje desembocó en la calle Sommeiller, y luego volvió sobre la derecha. Como á través de una niebla reconoció Arturo los álamos y las casas de la carretera de Stupinigi, y dijo, casi inconscientemente, como un eco:—¡Stupinigi!—Luego cruzó por su mente como un relámpago un recuerdo. Recordó que muchos duelos se verificaban en los bosques de Stupinigi. No había duda. Su padre iba allí. ¡Había diez kilómetros! Se sintió perdido, y fal-

tándole la esperanza de poder resistir, le abandonó el último resto de vigor. Las piernas se le doblaban y se dejó arrastrar; le quedaban sólo las manos, con las cuales se mantenía rabiosamente agarrado al eje. Echando hacia la derecha una mirada de náufrago, al ver la fachada del hospital Mauriciano, tuvo casi la aparición viva de su padre transportado allí, entre cuatro hombres, con el rostro blanco y los brazos caídos. Ante aquella visión perdió la cabeza, abandonó los brazos, y cayó tendido en medio del camino, apenas habían pasado el hospital, lanzando un gemido y diciendo desesperadamente:—¡Adiós, padre! ¡Adiós! ¡Adiós! É impotente para ponerse en pie, logró gateando arrastrarse todavía hasta el borde del camino, donde se dejó caer tendido como un cuerpo muerto.

*

Pocos instantes después, como entre sueños, oyó el ruido de un carruaje que pasaba, y casi al mismo tiempo el sonido de su nombre.

Abrió los ojos, y vió á Carlos Bussi arrodillado delante de él.

—¡Pironi! — exclamó, cogiéndole una mano.—¡Pironi!... ¿Qué tienes? ¿Qué ha pasado?

—...No puedo más—contestó Arturo.

—Levántate—le dijo agitado; - haz un esfuerzo. Todavía tenemos tiempo. El carruaje de mi padre acaba de pasar. Te he visto al pasar y te he creído muerto. ¡Arriba, Arturo! Aún podemos alcanzarles. No irán muy lejos. El coche va despacio. Mira... ¡Oh qué casualidad! ¡Se ha parado!

A unos cien pasos más allá, en efecto, se había detenido el coche para esperar que pasase el tren, cuya vía atravesaba el camino de Stupinigi en aquel punto. Debía pasar el tren de Milán, que acababa de arrancar de la estación de Porta Nuova. El guarda del paso á nivel había cerrado con las cadenas.

—¡Valor!—repitió Carlos, ayudando á su amigo á sentarse y haciéndole apoyar la espalda en un tornarruedas.—Aquí tienes tu gorra. Tenemos cinco minutos de ventaja. Tienes tiempo para tomar alientos. Arriba, Pironetto, arriba. ¿Quieres dejarte vencer por un rocín de seis reales la hora? Tengo pastillas de menta; trágate una, que te reanimará. Has hecho lo más: